

—Lo crees así, ¿crees que hay hombres ricos que se casan por amor? ¡cuánto más rico se es, querido, más se busca la riqueza! Cítame un ejemplo de un hombre que posea una fortuna y se haya desposado con una muchacha pobre.

Como Justino no estaba preparado á la pregunta, y en caso de haberlo estado no habría recordado en aquél momento ninguno de tales matrimonios, guardó silencio.

—No, querido,—repuso Muriel,—y aun nosotros, los artistas, somos los que damos el ejemplo de esas uniones heroicas.... Mas, por mi parte, confieso que nunca tendré valor para ver padecer, por culpa mía, á seres que me sean queridos.

La estación estaba llena de gente; esperaron dos horas viendo marchar los trenes, que iban llenos, tomaron por asalto un vagón, y entraron en su casa á pie, á cosa de la una de la madrugada.

## IV

—¡Cómo ha crecido esta pequeña! Pronto llegará la hora de casarla —dijo la señora de Breteuil mirando á Norina con una admiración que no trataba de ocultar.

Norina se sonrojó, y clavó los ojos en su vieja amiga; cuando se ruborizaba, siempre levantaba la vista sobre la persona que la había hecho ruborizar; probablemente á fin de saber por qué había enrojecido.

—¡Aun tenemos tiempo!—respondió la señora de Guerbois; no le hagáis concebir esas ideas, ¡es preci-

so que trabaje! Ya sabéis que no podemos darle nada. Si quiere un dote ha de ganárselo.

—¡Eso está muy bien! Creo, sin embargo, que no me estará prohibido ayudarla! —repuso bondadosamente la señora de Breteuil. —La quiero á esta monina. No olvidéis, Eulalia, que la he visto nacer, y que me considero como si fuese su tía.

—Habéis tenido para ella el cariño de una madre —repuso la señora Guerbois;—pero os lo paga en afecto.

—¡Pobre querida! —dijo sonriendo la anciana señora. Ven á comer con nosotros el jueves. Tenemos algunos amigos, eso te distraerá. Es preciso acostumbrarse á estar en sociedad! Me la confiáis, ¿verdad, Eulalia?

La señora de Guerbois consintió con un aire digno; en realidad, estaba encantada.

La de Breteuil se levantó. abrió uno después de otro dos cajones de su joyero, y los cerró, haciendo brillar entre sus dedos un collar de gruesas cuentas de coral.

—Ten, chiquita, dijo á Norina,—te pondrás esto los domingos; procura no perderlo: es una alhaja de mi pobre Lucía, niña que hemos perdido cuando tenía doce años. Ya hace mucho tiempo, ¿no te acuerdas?

Los ojos de color turquesa se llenaron de lágrimas de gratitud.

La señora de Breteuil depositó un beso sobre la frente pura que se inclinaba delante de ella, y reprimió un hondo suspiro.

Había envejecido prematuramente y los cabellos blancos que rodeaban su honrada fisonomía, aparecieron antes de tiempo; los hijos que se murieron habían dejado en su corazón una llaga que manaba constante-



mente, y lejos de envidiar á las otras madres, gustaba compartir sus cuidados, sin pedirles, en cambio, más que un poco de afecto.

—¿Y el piano cómo va?

—Las escalas son muy fastidiosas—respondió Norina con dulzura;—pero, puesto que debo estudiar, lo hago con gusto.

—Y esos exámenes, ¿se preparan?

—¡Ya lo creo!—dijo orgullosa la señora de Guerbois.—Todo marcha admirablemente.

—Dí, ¿trabajas mucho?—preguntó la señora con interés.

—¡No es que trabaje!—contestó modestamente la joven;—pero tengo suerte, todo lo aprendo, sin dificultad.

—¡Inteligencia feliz!; pero un poco de trabajo no estará de más, sin embargo; lo que se aprende demasiado pronto, puede olvidarse también con la misma prontitud... ¡No te fíes pequeña!

Los ojos azules permanecieron bajos, Norina no gustaba de consejos. ¿Hay algo más molesto que un consejo? ¡Como si no supiese ella lo que tenía que hacer!

Al cabo de un instante la señora Guerbois y su hija se despidieron de su anciana amiga.

En la escalera dijo la madre á Norina:

—Enséñame lo que te ha regalado.

La niña desató el collar que la de Breteuil había anudado á su cuello, y lo entregó á su madre.

—Es coral rosa, muy bello, un poco infantil para ti; pero es, sin embargo, una soberbia alhaja.

Norina se lo volvió á colocar antes de llegar al primer piso.

—Esto cuesta caro y vale poco—dijo,—el coral es

fantasía; en realidad no tiene ningún valor.

La señora Guerbois miró á su hija con cierta admiración. ¡Sabía una porción de cosas aquella niña! cosas que su misma madre ignoraba; ciencia precoz adquirida por doquier: en los muestrarios de las tiendas, en los ómnibus, en las conversaciones con sus compañeras de colegio.....

Cuando la señora Guerbois, preocupada con sus dos hijos, que destrozaban prodigiosamente el calzado, se preguntaba si algún inventor, bendecido por las madres, descubriría una especie de cuero irrompible, su hija escuchaba; escuchaba todo lo que llegaba al alcance de sus oídos, y cuanto oía lo aprovechaba.

—¿No sabes, mamá?—dijo Norina—Creo que la señora de Breteuil se trasladará á Dieppe este año, durante la temporada de baños.

—¡Ah!—exclamó la de Gerbois, á quien la noticia tenía sin cuidado.

—Debe de concurrir mucha gente á Dieppe—repu-so la joven;—el señor Muriet también va, aunque marchará un poco antes, para el asunto de las casitas de campo.

—¿De las casitas de campo?—preguntó la madre.

—Sí, ya estás enterada, un encargo que le han hecho..... ¿Es bonito, Dieppe?

—No lo sé.

—Dichosos los que van al mar—continuó Norina—¡qué pena que no seamos ricos! Yo que estoy tan cansada de cuidar de mis hermanitos... ¡me hubiera gustado veranear un mes en alguna playa!...

La señora de Guerbois suspiró. Ella también estaba harta de aquellos turbulentos muchachos; y se hallaba muy cansada, mucho más que su hija, pues además de las fatigas que ésta pudiera pasar, se reunían



en la madre las anteriores, las enfermedades, inquietudes.... ¡pero nunca se la había ocurrido ir al mar! El campo del Bosque de los Palomos satisfacía todas sus aspiraciones.

—No comprendo por qué has de necesitar una playa—dijo en tono de reconvención,—nuestra casa nos basta; muchas personas hay más ricas que nosotros, y no obstante, carecen de casa de campo.

Norina hizo un gestecillo muy parecido, en pequeño, al movimiento de un caballo que hace sonar su barbada; estaba muy harta de la casa de campo donde se iba el sábado con una cesta llena, para volver el martes ó el miércoles con una cesta vacía.

¡Una casa de campo aquello! Al pasar por delante de las soberbias villas que se extienden entre Arnières y Versailles, un día de grandes fiestas, había podido apreciar lo que es una verdadera casa de campo, y las que ella vió, no tenían ningún parecido con la del Bosque de los Palomos.

—¿Es rica la señora de Breteuil?—repuso la joven; —debe aburrirse sola con su viejo marido.

—El señor Breteuil no es viejo—observó la madre.

—Lo menos tiene cincuenta años—dijo con desdén Norina.

—Y bien, eso no es ser viejo.

—Depende de los gustos, yo lo encuentro viejo—repuso secamente la ingenua.

La señora de Guerbois no refutó este aserto; tenía que hacer cosas algo más interesantes que disputar con su hija, si bien, de vez en cuando, se permitía ese pasatiempo.

Norina, en extremo mimada por su padre, debía, en parte, los defectos de su educación á que durante seis años había sido considerada como hija única.

Así, ¿quién podría contar la indignación de la muchacha cuando vió que primero un hermano, y más tarde dos, le arrebataban gran parte de las atenciones de sus padres, y sintió disminuir su bienestar é imponerle obligaciones que cumplía con un sentimiento muy parecido á la aversión, pero sin que la gracia de sus actitudes perdiese lo más mínimo.

Había un armario de luna en la habitación de la señora Guerbois, armario que era la causa preponderante de las decisiones de Norina.

¿Habrá existido algún desconocido filósofo que haya meditado, por casualidad, sobre el armario de luna? Nosotros no titubeamos en reconocer en este mueble inocente, aunque vanidoso, al autor de gran parte de los errores de todo género á que sucumbe la porción más bella y más débil del género humano.

Una madre que lleva á una niñita de más de tres años delante de su espejo, diciéndole: «¡mira qué lindo traje y qué bien te sienta!» está predestinada á mil merecidos suplicios; su imprudencia sólo sería comparable á la del marido cuyo primer cuidado fuese decir á su amigo:

—¡Mira qué hermosa es mi mujer!

Sin embargo, uno y otro hecho se producen todos los días, y no dejan de tener las consecuencias que se conocen, y que son tan naturales como desagradables.

El armario de luna presenció, sin duda, algo muy bonito, el jueves siguiente, hacia las cinco, cuando Norina echó la última mirada á su vestido.

Un vestido de seda cruda, regalo de la señora de Breteuil, adornado con lazos color de cereza, ceñía graciosamente el talle de la joven. El collar de coral rodeaba su cuello; las sonrosadas mejillas, los cabellos castaños levantados sobre la cabeza en artístico



nudo, y los ojos azules, más azules que nunca, formaban un conjunto tal, que el espejo debía declararse satisfecho.

Si ese espejo hubiera vivido en un mundo más aristocrático, hubiese notado la tosca desproporción de los huesos, la vulgar fealdad de los pies y las manos, la falta de delicadeza en el cutis, y se hubiera enterado de que la belleza de Norina era frágil como el brillo de las nubes al amanecer. Bastaba ver á la señora de Guerbois, en contemplación frente á frente á su ídolo, para poder pronosticar que Norina sería, con el tiempo, infaliblemente igual que su madre, peor que su madre quizás, porque las facciones de la joven eran menos correctas.

La señora de Guerbois había sido de belleza notable diez y ocho años antes; no le quedaba vestigio alguno de hermosura; actualmente, sólo se revelaba en ella una robusta y colorada mujerona. Pero el armario de luna, comprado de lance, no había reflejado más que imágenes groseras; no entendía de verdadera elegancia. Norina se marchó tocada de un sencillo sombrero adornado con amapolas, con la modestia de la joven bella que se siente admirada y va rebosando alegría.

Parecía tan modesta como una peonia colocada sobre su pecho virginal, la cual aparentaba querer ocultarse para pasar inadvertida.

Mucho tiempo hacía que Norina salía sola á la calle. Cuando la familia abunda, y escasean los recursos, no hay más remedio que servirse de una hija para los recados y diligencias, y desde el momento que se la envía sola á cumplir éstos, no hay razón para que deje de asistir á sus clases en la misma forma. Por las noches sí se mandaba á alguien en su busca, ó se hacía

que del colegio la acompañaran; pero es porque la noche ofrece grandes peligros; mas de día ¿qué puede temer una joven que sepa conducirse?

Muchas palabras habían sido murmuradas á los oídos de la joven durante sus salidas; pero qué importaba! La ingenua niña conocía el valor de su belleza, conocía también los efectos de la mirada inocente de sus azulados ojos. Si algo la había turbado no eran las expresiones malsonantes de algún hombre grosero; hubiera sido más bien, la vista de algún hombre rico que le dirigía una mirada de admiración al pasar desde lo alto de su faetón. Todo lo que fuese pobre y mal vestido no era para Norina. Los obreros que empedraban su calle y decían con un juramento, «¡linda muchacha!» no alteraban el color de sus aterciopeladas mejillas; aunque el obrero tuviese veinte años y fuese el más hermoso de los hombres no existía para Norina. Pero un hombre rico, aunque fuese viejo y estúpido, provocaba todos los pudores de la bella tímida. Pasaba silenciosa envuelta en su inocencia que no oía, que no comprendía, y el libertino que deslizaba alguna pillería á su oído, quedaba encantado porque ella lo miraba con sus ojos ingenuos; y conmovido, vencido, el viejo depravado, recordaba sus dieciséis años, y se decía:

— ¡Aun hay inocentes! ¡y tan bella!

Después de todo ya es algo provocar un sensación bienhechora en un alma degradada, pero el demonio, que era el ángel guardián de Norina, no perdía nada, y viendo esto, se relamía de gusto; era un diablo que no se precipitaba, pues tenía tiempo de sobra.

Para ir á casa de la señora de Breteuil, tomó Norina el camino más largo, el cual pasaba por delante de cierto despacho, en cuya puerta aparecía muchas



veces Eugenio Muriet, á la hora en que las oficinas se cierran, es decir, hacia las seis de la tarde.

Muriet no acudía todos los días; pero desde la primavera, Norina, paseando con sus hermanos, lo había visto salir más de una vez, y aquel entresuelo había adquirido para ella, el atractivo de un sitio donde no se entra, pero del que se ve salir á alguien que nos interesa.

Al doblar la esquina, Norina acertó el paso, sin afectación; á medida que se aproximaba al despacho su marcha se hacía más lenta. Detúvose ante una relojería, vió que eran las seis menos un minuto; sacó su reloj, cogió una llavecita y puso las agujas de aquél, de acuerdo con las del de la tienda que contemplaba. Colocó de nuevo su alhaja en la cintura, y prosiguió su camino, avivando un poco la marcha, como aquel que se ha retrasado.

Se oyó dar las seis en la iglesia de San Lorenzo, y ya Muriet se hallaba en la puerta de su oficina, como un arcángel en la del paraíso.

—Vos, señorita—dijo; y acercándose á Norina estrechó su mano que por cierto estaba cubierta con un guante de hilo crudo que nadie ignora cuán desagradables son de estrechar.

—¡Vos! ¡sola!

—Voy á comer á casa de la señora de Breteuil. ¿La conocéis, verdad?

—¿Cómo? ¡Ya lo creo si la conozco! ¿recibe esta tarde?

—A algunas personas á lo que parece.

—Pasaré un momento, hace una eternidad que no la he visto. Es una excelente mujer, no muy lista...

—Es tan buena para mí!—dijo Norina con los ojos bajos.

Muriet la miró con el rabillo del ojo. Tenía muchos deseos de cogerla por los hombros y plantarle un beso en la boca, un poco enfurruñada y demasiado gazmoña para las circunstancias; pero ¡vaya usted á ensayar semejante cosa, en pleno *boulevard* de Estrasburgo!

Caminaban y no caminaban; si algún amigo los hubiera encontrado, no hubiese podido decir que marchaban juntos, otro amigo no se hubiera tampoco atrevido á afirmar que se hubiesen parado para hablar.

—Hasta la noche, entonces, Norina,—dijo Muriet.

—Hasta la vista, caballero!—contestó discretamente.

Apretó otra vez los enguantados dedos y se fué, no sin haberse vuelto á mirarla. Norina siguió su camino, al parecer, sin pensar en él.

—¡Tú quisieras casarte!—se dijo el joven arquitecto—y quisieras que fuera conmigo! Nada de tonterías! La vida no es una novela, según ha dicho alguien que es maestro en el conocimiento del corazón humano. El matrimonio tampoco es una novela; el matrimonio ajeno es...

No acabó su pensamiento y se fué á comer hacia el Luxemburgo, donde turbó profundamente la tranquilidad de Justino.

—He encontrado á la señorita Guerbois—le dijo pérfidamente, á eso de las nueve de la noche—come en una casa encantadora, en casa de cierta señora de Breteuil; si quieres, te presentaré; la buena señora adora la juventud y además se baila dos ó tres veces durante el invierno; pero tú no eres amigo del baile, según creo.

—¡Yo! ¡sí, lo adoro!—respondió Lignón, que nunca



lo había podido bailar á compás—mas en esta época no se baila.

—¡Pero al menos se hace música! vamos, está dicho, te presentaré!

Y se marchó, dejando á Justino pensativo.

—He aquí que me presenta en todas partes; esto se llama ser buen amigo... Hay quien dice que no vale mucho; ¡es que no lo conocen! ¡las almas bellas son siempre desconocidas!

Quince días más tarde Muriet había presentado á Lignón en la casa de la señora de Breteuil, y había simpatizado en ella en seguida. Las cualidades del honrado joven, no eran de las que se encuentran todos los días. Lignón fué invitado á una reunión de familia en la que se ejecutaría únicamente la música necesaria para no disgustar á los que no eran aficionados á ella.

Creía ser amante de la música; pero en realidad no entendía nada; la overtura de Zampa le parecía la última palabra del arte lírico dramático; pero no osaba confesarlo y se pronunciaba por Wagner.

Mas en casa de la señora de Breteuil, Rossini y Wagner eran para él todos uno. Hubiese aplaudido la overtura del *Barbero* creyendo que era la cabalgata de las *Walkirias*.

A tres pasos de él, sentada en un taburete, apoyada contra la silla de su anciana amiga, cuya mano acariciaba con ternura. Norina Guerbois escuchaba, con los ojos bajos y una angelicil expresión de recogimiento en su cándido rostro.

Una vez terminado el trozo musical, levantó los ojos, y Justino recibió una deliciosa mirada que le llegó al corazón.

Aturdido se levantó, la saludó y se volvió á sentar

mientras que una señora depositaba sus guantes encima del piano.

Norina apenas conocía á aquel caballero; lo había visto una vez en casa de su padre. Era un amigo de Muriet; dijo esto á la señora de Breteuil y se volvió hacia otro lado, de manera que Lignón no la viese más que como una sombra confusa.

En todo caso no tan confusa para Justino que se saturó de ella hasta sentirse algo indispuerto: la cabeza le daba vueltas, tenía ganas de llorar y de marcharse, y sin embargo, permanecía con los ojos fijos en la imagen de la inocencia.

—Tienes un aire extraño —dijo Muriet— ¿estás cansado? Aquí cada cual se larga cuando le parece.

—¡irme! ¡nunca en la vida! —repuso Lignón indignado— ¡Marcharme de una casa á donde vengo por primera vez!

—¡Bueno! ¡Cálmate! Te lo proponía como quien ofrece una copa de cerveza.

Terminó la música por aquella noche; algunos dejaron escapar un suspiro de alivio; pero muy apagado, pues la señora de la casa cuidaba con gran discreción de que el concierto no durase nunca más de tres cuartos de hora.

La tertulia se trasladó al comedor en donde Norina se puso á recorrer los grupos ofreciendo chocolate y pastas.

En los movimientos de la niña, había tal lentitud, que en una persona ordinaria se hubiese llamado torpeza; pero en ella no era sino una falta de práctica, que seducía.

Bien se veía que no estaba acostumbrada.

—¿Quién es esta joven? —preguntó, con tono inquisitorial, á la de Breteuil una señora alta, peinada con



bandas muy aplastadas, muy negras, muy ondeadas con tantos abalorios encima de sus cabellos, que hacían daño á la vista.

—¿Norina? Es una niña muy buena, hija de una honrada familia sin fortuna; la hago que venga á mi casa cuando recibo, para acostumbrarla un poco á la sociedad; siendo tan linda, sería una lástima que no se casase con alguna persona fina.

La señora de los abalorios brillantes, aplicó á sus ojos unos lentes tan negros como el resto de su adorno, examinó á Norina de pies á cabeza y contestó fríamente:

—¿Casar á esta joven fuera de su clase? Eso, en general, no es hacer un servicio á nadie.....

Hace veinticinco años que me he jurado no mezclarme en casamientos; siempre se vuelven contra uno mismo; lo menos que puede suceder es disgustarse con una de las dos familias, continuamente con los dos, cuando el casamiento sale mal, y no conozco ninguno que haya salido bien: son tres las casas en que os quitan el pellejo, sin contar las casas aliadas donde no os conocen; y en las que os conocen dicen que os está bien empleado; porque no teníais necesidad de mezclarlos en ello.

—¡Oh!—replicó el señor Breteuil que lo había oído—vos sois muy pesimista.

Y vos demasiado optimista, querido amigo,—contestó la señora de Anglois.—Y sabed, que desde el punto de vista de las tonterías que se pueden cometer, es aún más peligroso.

—¿Para mí ó para los demás?—preguntó riendo el excelente hombre.

—Para todos—respondió secamente la de Anglois. Hizo una segunda aplicación de sus lentes, con las

mismas precauciones que si se hubiese puesto una cataplasma sobre los ojos y examinó á Norina que, de pie, hablaba en un rincón con Muriel.

—No acaba de gustarme esta pequeña y su pretendiente tampoco.

—¿Qué pretendiente? —dijo la señora de Breteuil con una vivacidad enteramente juvenil.

—Aquel gran papanatas que está cerca del aparador.

—¿Muriel? El mejor muchacho del mundo. Ahora me mira, ¡ved que sonrisa de bondad!

—Os aseguro que hace poco, miraba á vuestra protegida con una sonrisa muy diferente, hasta creo que le ha cogido el brazo, muy suavemente, por cerca del codo.

—¡Oh!—dijo la señora con indignación, pero se contuvo en seguida y soltó una carcajada.

—Reid,—interrumpió su amiga.—Preguntad á ese muchacho sus intenciones y después me diréis el resultado!

—Pues no sería un mal casamiento, no tiene fortuna, pero tiene talento...

—¡Qué suerte! —dijo fríamente la señora Anglois, absolutamente lo mismo que si hubiese dicho ¡qué desgracia!—pero querida, ese muchacho no se casará, amaré, pero no se casará!

—¿En qué lo conocéis? me hacéis temblar con vuestros pronósticos!

—No se coge por el codo, en un salón, á una señorita con quien se desea casarse; y ella, si es inocente hasta ese punto no es ya un ángel, es una pava; en el fondo, siempre es cuestión de alas.

—¡Sois demasiado mala!—dijo la buena señora, un poco entristecida, si no supiera que en realidad



sois la mejor de las mujeres... me enojaría.

—Siempre nos enfadamos con los que tienen razón. ¡Pues bien!, preguntadle á ese excelente joven si se cree en posición de casarse, y veréis lo que os contestará, después me lo contaréis; si os place, podéis decirle que soy yo quien lo ha visto, me es completamente igual.

Norina se había replegado junto á un grupo de señoras, donde Lignón se atrevió á abordarlas, y con voz temblorosa le pedía noticias de sus hermanitos, del perro, del jardín; le hubiese preguntado como estaba su vestido azul, si hubiese osado nombrar un objeto que la tocaba tan de cerca.

Norina respondía con una sonrisa embarazosa, propia de una joven que no está acostumbrada al trato social, y de cuando en cuando dirigía á la señora de Breteuil una mirada que parecía decir: ¿Me porto convenientemente, mi querida bienhechora?

Un poco emocionada aún, por la reciente alarma, la anciana señora se aproximó á su amiguita. Lignón, conmovido por este movimiento afectuoso, que denotaba un largo hábito de ternura sintió su corazón volar hacia la respetable señora.

El corazón de Lignón estaba siempre dispuesto á abrirse á nuevas afecciones; su naturaleza expansiva le hacía encontrar bello y bueno todo lo que le demostrase la menor simpatía.

Varios invitados se retiraron, el salón pareció mayor y los grupos se fueron estrechando.

Durante una hora, poco más ó menos, se habló alegremente, y Justino adquirió la reputación de hombre que no carece de mérito. Cuando se retiró con los demás la señora de Breteuil dijo á su marido:

—Es un amable joven ese señor Lignón; habla

bien, parece honrado, me gustaría volverlo á ver.

—No es hombre tan guapo como Muriet; pero le creo persona de más mérito—respondió el dueño de la casa, ayudando al mismo tiempo á apagar las bujías.

Norina, siempre que acudía de noche á casa de Breteuil, se quedaba á dormir allí; y se acostó en una espaciosa habitación, rodeada de armarios de pino, llenos de ropa blanca.

—¡Qué agradable es ser rico!—pensaba la niña al desnudarse.

Pasó su mano por una fina almohada, enfiendada con rica tela de Holanda, y sobre las sábanas de puro hilo, que encontró delicadamente perfumadas. De pronto se presentó á su imaginación la casa paterna, limpia, pero desnuda; sus sábanas de algodón, que eran mudadas una vez al mes, las almohadas poco rellenas, las mantas pesadas; aquellos armarios de madera, pintados de color nogal, que amueblaban su cuarto, le parecieron más que feos, una especie de infierno al cual ella escapaba por el poder de sus alas.

Todo el ser de Norina se rebelaba contra la semi-pobreza de su familia, contra el hule de la mesa, que en las comidas sustituía al mantel; contra las enaguas remendadas y las medias zurcidas; contra toda la lucha necesaria para hacer vivir á tantas personas con tan poco dinero.

En lugar de admirar á sus padres por sacar tantas cosas de tan poco sueldo, despreció el pobre remedo de bienestar con que se contentaban. El vestido, las medias caladas, los elegantes zapatos regalados por la señora de Breteuil, que deseaba verla en su casa vestida irreprochablemente, se le antojaban únicos dignos de ornar su belleza; y arrugaba desdeñosamen-

30288

UNIVERSITY OF  
BIRMINGHAM  
MAY 10 1922  
HOS MONSIEUR, MET



te la basta camisa de percal que cubría su cuerpo.

—¡Mi madre debía hacerme ropa blanca más decente!—se dijo Norina introduciéndose entre las sábanas perfumadas, con un pequeño escalofrío de voluptuosidad. ¡Es vergonzoso tener semejantes camisas! Estoy segura de que la doncella de la señora de Breteuil las usa más finas. ¡Y tener que volver á esa casa mañana por la mañana, para ayudar á aquella criada sucia á limpiar la vajilla; y remendar los pantalones de Raimundo; y ese imbécil de Simón que ha desgarrado mi blusa! es preciso que la ponga mangas nuevas. ¡Parece que lo hace expresamente!.....

Casi lloraba de rabia al pensar en los trabajos que le esperaban al siguiente día; pero volviendo las lágrimas á sus ojos, se acordó de pronto de Muriel, que efectivamente había pasado su mano, sin guante, sobre el brazo desnudo de la joven.

Parecía increíble que un hombre de buena educación, se hubiese permitido en plena tertulia una acción semejante. Sin embargo, Muriel lo había hecho sin turbación ni vergüenza, porque había querido, y una larga práctica le había demostrado, que con mucho aplomo se hacen pasar esas cosas. Si alguno se entera no le da una mala interpretación.

Parece una inadvertencia, una torpeza.

Norina no se había turbado tampoco; bien sabía ella lo que quería Muriel; sabía también que ofreciéndose perdía su papel de ingenua; y había conservado su aire inocente, porque en realidad, le gustaba; aquella mano tocando su brazo, le halagaba; la sensación era grata, y puesto que se podía obtener sin que costase nada, todo iba bien.

Pero no se crea que perdió la cabeza por Muriel; el amor, tal como lo sueñan las jóvenes, no tenía nada

que ver con aquello. Se durmió, pues, con un sueño profundo, satisfecha como una gata á quien acarician el lomo con la mano.

## V

Ocho días pasaron sin que la señora de Breteuil encontrase á Muriel; hacía lo que podía, sin embargo, y si la buena señora hubiese tenido veinte años menos, algunas almas caritativas hubiesen notado la insistencia con que preguntaba por el joven á los que pudieran indicarle el sitio donde tendría probabilidades de verlo.

Muriel, por su parte, rehúsa el encuentro; no por miedo á las consecuencias de su pequeña aventura, sino por temer que la señora de Breteuil tocase, en su conversación, el punto delicado del matrimonio. El incidente del brazo lo podía negar siempre, seguro de que Norina lo rechazaría también con energía; pero su actitud de melancólico enamorado, las miradas asesinas que más de una vez había dirigido á la joven, eran innegables.

No obstante, le era imposible abstenerse eternamente de visitar á dicha señora; el sábado siguiente y á la hora en que ella acostumbraba á ausentarse de su casa, subió á ésta y, en la seguridad de no encontrarla, llamó á su puerta. La criada abrió; y la señora se hallaba en su habitación, contra los cálculos del arquitecto.

—¡Mala suerte!—se dijo Muriel; pero entró con la frente alta, y la conciencia tranquila.

Después de los preliminares de rúbrica, la señora de Breteuil abordó su tema; sentía palpar su cora-